

# LOS GRUPOS MEDIOS



José Bengoa  
SUR Profesionales

La modernidad aparece hoy en día ante nuestros asombrados ojos como la nueva promesa, el nuevo deseo colectivo, el paraíso por conquistar. Es una promesa ambigua, que no acepta ser sometida al rigor de la razón. Como todo producto de publicidad, conduce a imaginarios oníricos llenos de sensualidad, remueve las insatisfacciones privadas y colectivas, actúa catapultando nuestro gris presente a un futuro no definible, pero deseado. La modernidad es una meta no alcanzable, por definición. Su éxito reside en la provocación de un estado colectivo de ansiedad.

En este estado, los chilenos podemos encontrarlos solos en la plaza del mercado, sin identidad, con las manos llenas de objetos y sin saber cómo emplearlos. La búsqueda de la comunidad perdida puede comenzar a transformarse en nuestra nueva pesadilla.

## LA NOSTALGIA RURAL

Es una paradoja. A pesar de ello, es un elemento central en la cultura chilena. En este país, en su cultura e identidad, en el inconsciente colectivo, la ruralidad tiene una importancia central. La histo-

ria social, la historia cultural de Chile, no es comprensible sin la ruralidad. Siendo —como es bien sabido— la urbanización de Chile un fenómeno bastante temprano y general, la ruralidad tiene un peso cultural desmedido. Esa es la paradoja.

Esta primera afirmación puede parecer obsesiva a quienes quisieran creer que ya nadamos en la modernidad de los posmodernos. La identidad de este país ha estado principal y casi exclusivamente basada en un modelo cultural global proveniente de la antigua experiencia rural de la sociedad. La ruralidad, verdadera o aparente, ha sido el modelo de identidad nacional, el modelo de convivencia nacional, el modelo valórico, que ha unido, que ha interpretado a los chilenos, en especial a su clase media y obviamente a sus clases populares.

La sociabilidad chilena urbana se ha guiado por pautas rurales tradicionales. Esto es válido hasta el día de hoy, no ha sido modificado por los sucesivos intentos de las modernizaciones. El trato entre ricos y pobres, entre patrones e inquilinos, después llamados obreros, empleados o "colaboradores", sigue teniendo una impronta premoderna, lejana a la igualdad ciudadana, rural en su esencia, paternalista por una parte y despreciativa a la vez del pueblo, de profunda raigambre oligárquica.

Si se observan y estudian los modelos existentes de cultura urbana, nos daremos cuenta de que no existen o son embrionarios y efímeros. Se ha discutido largamente en la historiografía nacional si ha existido cultura obrera. No podemos menos que llegar a la conclusión, hoy día, de que ésta fue muy superficial. ¿Qué otra cosa es Humberstone sino una gran hacienda trasladada en forma monstruosa al desierto? ¿Se ha suprimido acaso en Chile la servidumbre, como ocurrió en Europa y Estados Unidos hace ya siglos o décadas? No podemos menos que afirmar la prevalencia de modelos de interrelacionarse socialmente que vienen de una situación de ruralidad. Estos se superponen de modo sutil a las modernizaciones aparentes, reducidas al uso de objetos, pero que no han calado hondo en las relaciones más profundas de la sociabilidad chilena, de los mecanismos de identidad societal, en fin, de los sistemas estructurales de producción cultural.

A diferencia de Argentina, que está tan cerca, y de otros países que han logrado levantar una "cultura ciudadana", es decir, de la gente que vive en las ciudades, en Chile no se ha dado ese paso. Más aún, el chileno de clase media observa la cultura de masas argentina y la desprecia por "plebeya". Ve en la democratización de las relaciones sociales una falta de respeto, una pérdida de calidad oligárquica, una identidad "chabacana". Al imaginario "patricio" del criollo chileno le repugna la realidad "plebeya" del ciudadano, del "*sans culotte*", del "roto venido a pije", del "medio pelo", del "siútico", que con singular desparpajo, seguridad en sí mismo y en voz alta, opina acerca de cualquier materia, teniendo apenas un barniz de "alta cultura". Los plebeyos se entrometen en los laberintos del saber culto, lo que resulta insostenible para la cultura oligárquica urbana del chileno de clase media.

Se puede afirmar, a modo de hipótesis de trabajo, que en Chile no se constituyó nunca, ni se ha constituido, una "cultura ciudadana". En este país, la cultura es una cultura que se desarrolla en la ciudad, pero que intenta —con una fuerte carga de nostalgia y añoranza— reproducir un pasado mítico rural, que muchas veces incluso no existió. Es un pasado imaginario, tanto el de las clases altas —los

Huasos Quincheros— como el de las clases populares —las chinganas y el tiempo feliz del vagabundaje libre por los campos y enramadas—.

Esta cultura urbana nostálgica de una ruralidad perdida en la lejanía de los tiempos, mitad del siglo pasado quizá, puede verse reproducida y repetida al absurdo en los niveles de la cultura cotidiana y de identidad del país. La ciudad se aferra a ese pasado mítico, mitológico, a falta de una identidad propia que la caracterice, la especifique, le otorgue algún grado de certeza.

Frente a la soledad urbana, se rememora con nostalgia la comunidad que nunca existió, el campo abandonado ya por décadas; como decía Heiremans, el mito "del sur", el tiempo de las "vacas gordas", cuando se comía grandes asados al palo, cuando los panes eran tan grandes que se les decía "galletas".

Los fenómenos migratorios sin duda tienen que ver con este proceso de instalación persistente de la cultura rural en la ciudad. Estos procesos están relacionados con las maneras como se han ido constituyendo las clases sociales en Chile.

La comunidad, la nostalgia de la comunidad, más bien, es el fundamento de la cultura urbana chilena, es el eje de la identidad no modernizada, es el sustrato que establece las seguridades, los procesos de estabilidad y también los fenómenos de incertidumbre que cada cierto tiempo nos afligen.

## LAS TRIBUS DE CLASE MEDIA

Por definición, las clases medias son las clases más urbanas posibles, se desarrollan en las ciudades. En buena medida en nuestro país, y en este siglo, la cultura predominante ha sido y es la cultura de clase media. Nos podemos legítimamente preguntar por qué esas clases medias no han desarrollado una cultura netamente urbana, de ciudadanos.

Uno podría decir que las clases medias han tenido tres grandes orígenes, o que los chilenos de clase media provenimos de tres grandes tribus.

La primera tribu surgió de los procesos de descomposición y diferenciación del antiguo artesanado principalmente, y de los grupos me-



dios del siglo pasado. Por ejemplo, los funcionarios de compañías extranjeras, los profesionales de los ferrocarriles, y numerosos otros sectores de raigambre netamente urbana que existen en el país desde muy antiguo.

Una investigación más acuciosa nos podría llevar a indagar si en este sector se desarrolló algún grado de cultura e identidad ciudadana propiamente tal. Los artesanos del siglo pasado, ¿lograron construir un espacio de identidad suficiente como para iniciar un proceso de construcción cultural? No pareciera haber ocurrido. Pareciera más bien que su destrucción y pauperización nos condujo a fundirse con el proletariado naciente del país, los obreros, los trabajadores, la militancia del Partido Demócrata de fines del siglo, del que surgen las tendencias socialistas.

La segunda tribu, la más estudiada, es la proveniente de las migraciones extranjeras. Han sido las grandes formadoras de una clase media que aparecía casi prototípica en el país. La tribu inglesa, quizá la primera en Valparaíso, y luego la italiana, la palestina, la española de comienzos de este siglo, la alemana del sur, la yugoslava de Punta Arenas y Antofagasta e Iquique y luego expandida por el territorio, y varias más, que se juntaban en clubes y hoy rememoran algunas olvidadas efemérides.

Esta clase media de origen inmigrante europeo es la que, según dicen algunos, le otorga al país el carácter occidental, alejado de lo indígena mestizo. Es la característica que diferenciaría al país del resto de América Latina. La clase media de origen migratorio es lo que haría al país parecerse a Uruguay y Argentina, al cono sur blanco de América Latina.

Desde la perspectiva que estamos tratando, sería muy interesante analizar la propensión oligárquica de estas clases medias migrantes. El hecho de venir de Europa, de traer una cierta cultura considerada positivamente por las clases altas chilenas, le permitió intentar ascender socialmente. Los ex campesinos alemanes, italianos, españoles, y para que decir los ex marineros y comerciantes ingleses, pasados unos pocos años de su arribo, una generación apenas en la mayor parte de los casos, no reconocieron su pasado, lo mitificaron y a veces incluso lo "blasonaron". Su

necesidad de conquistar el "Nuevo Mundo", los llevó, quizá, a fundirse en los valores dominantes, aquellos de las clases y sectores dominantes de la sociedad chilena.

Estas oleadas migratorias no fueron del tamaño suficiente para constituir por sí mismas un sector autónomo, recrear una cultura como en las grandes ciudades norteamericanas, y, por tanto, buscaron estrategias adaptativas. Se confundieron muchas veces con los ricos del país, trataron de casarse con sus hijas, miraron a los pobres con desdén, a lo más con paternalismo o demagogia, como los afamados primeros Alessandri. Le pusieron —al decir de Ricardo Donoso— las gotas mediterráneas a la política nacional, dominada por vascos y de adusto ceño. Podríamos decir lo mismo de muchos otros apellidos ilustres que hoy llenan la vida pública nacional. Se apoyaron en el pueblo para ser aceptados por los que habían llegado anteriormente. Se adaptaron al uso de la tierra.

La tercera gran tribu es la formada en las provincias, la mesocracia de las migraciones rurales.

El gran período de formación de la clase media, de las clases medias, fue las últimas dos décadas del siglo pasado y los primeros cuarenta años de este siglo. En ese período, las clases medias emergentes jugaron un papel central en la vida cultural, social, económica y política de Chile. Aníbal Pinto ha señalado con razón ese período como el tiempo "mesocrático".

Son tribus diferentes de acuerdo a su modo de pensar, actuar, ponerse la corbata, provenir de determinados colegios, aspirar a determinadas conquistas, o simplemente etnias mesocráticas diferenciadas por la pronunciación de las eses. Cada estrato o substrato tiene su propia historia. Se debería estudiar su origen para explicar con un poco más de detalle por qué las clases medias y sus diversos segmentos se comportan de una manera específica. Esta "etnografía" de las clases medias permitiría entender con mayor precisión, por qué en el siglo veinte estos sectores han jugado un papel tan determinante en la política y en la cultura, llegando a ser el modelo de comportamiento deseado de casi la totalidad de la sociedad chilena.

Nos ubicamos temporalmente en el comienzo de este gran período de formación de las clases medias. En las últimas décadas del siglo pasado y en las primeras de este siglo.

El fin del ciclo triguero en la agricultura del siglo pasado provocó una ruptura profunda en las clases agrícolas provinciales, y sobre todo significó el inicio del descenso social de un tipo de medianos propietarios que, a partir de ese momento, se transformaron en un sector empobrecido de las sociedades de provincia, con el antiguo recuerdo de "pasados esplendores" y con la ideología y cultura de propietarios "venidos a menos", como decía el poeta Pablo de Rokha.

En el caso de la costa de Talca, zona central del país, este proceso fue característico.

Constitución había llegado a tener una situación floreciente. Las exportaciones del trigo del Maule se hicieron por ese puerto durante décadas. Los barcos recorrían el río Maule con los productos de exportación. Las barcasas o "lanchas maulinas" llegaban cargadas de granos hasta California. Vino el fin del ciclo triguero.

En ese ambiente de crisis, de cierre de las "casas comerciales" que tenían su sede en Constitución, de traslado a la "capital", surgieron numerosos grupos identificados con la emergente clase media. Muchos de sus integrantes se ligaron al radicalismo y a la masonería, agrupación religioso-social que tendrá la mayor importancia en la formación de las clases medias laicas y en la constitución de una cultura mesocrática en el siglo veinte.

Otro caso, donde hay alguna evidencia acerca de los procesos ocurridos a finales del siglo pasado, es Chillán. Chillán ha sido y es una gran fuente productora de clase media. Con la crisis del trigo, se produjo en Chillán una suerte de convulsión social tremenda. La crisis triguera provocó un cambio en la propiedad de la tierra.

En la década de los ochenta del siglo pasado, estas tierras de segunda calidad, las vides de pobres rendimientos y en general una agricultura menos favorecida que la de más al norte, comenzó a hacer crisis. En esos años mucha gente perdió sus propiedades. Otros, mediante negocios, compras,

astucia, agruparon tierras. Los inquilinos, los trabajadores de las haciendas, los pequeños propietarios que van perdiendo sus tierras o sus pertenencias, inician una larga marcha hacia el sur. Van a la Araucanía.

La colonización del sur será una salida para los "venidos a menos" de Chillán. Otros, muchos, viajarán a Santiago. Traerán consigo la música, el habla de la tierra, los gustos sabrosos de las comidas. Chillán es el "cordon bleu" de la cocina criolla. Allí, en el mercado, afamado centro gastronómico popular nacional, concurren como de los cuatro puntos cardinales las mejores viandas de la tierra y el mar. El tren de la costa, ramal que comunicaba a Chillán con Tomé y Concepción, podía traer los pescados más frescos, que se mezclaban con las especies de tierra adentro.

Chillán es también el centro de la picardía nacional. Tomás Lagos escribía en alguno de sus innumerables relatos históricos que allí se juntaba la mano de obra "temporera" de la época. Era el lugar de enganche de los segadores. Sus "pintas" al parecer eran maravillosas: grandes sombreros, polainas, cueros de animales que les protegían pantorrillas y antebrazos, morrales del tamaño de un baúl donde llevaban sus monos, cacerolas, sartenes y vidas. En esa plaza del mercado, que hasta hoy se conserva, se juntaban a jugar al naípe en partidas interminables que sólo se suspendían con los enganches de los fundos. En esas "briscas rematadas", al calor de pipeños de Cayumanqui, fue surgiendo la picardía que hoy Parra, don Nicanor, pone en medio de la cultura chilena, uniendo el desenfadado posmodernista con el aguzado ingenio de los peones de fines del novecientos. Los Parra, honra de nuestra cultura, son los expresivos embajadores de esa tribu clasemediera chillaneja, heredera de las peonadas, de los inquilinos mayores o menores, de a caballo o de a pie, como cuenta en sus décimas autobiográficas doña Violeta.

Del Chillán descampesinizado surgió una de las grandes tribus nacionales. Es una tribu que perdió mucho, que en la crisis dejó sus tierras, sus animales, sus campos, sus querencias. La nostalgia la invadió por generaciones. Inauguró y mantuvo la cultura nostálgica del campo en las ciudades. En buena medida, ha sido la causante de la manu-

tencción de esta identidad perdida.

Algún día entenderemos el mestizaje rural que se fue formando en largos depósitos en el seco costero, en los valles internos, en esa mitad del país, en esas provincias del sur agrícola. Entenderemos el Parral de Neruda, el Chillán de la Violeta, Nicanor y don Roberto; el Licanén de De Rokha y, por qué no decirlo, también el Chanco de los Pinochet.

En estas tribus germina con fertilidad el estatismo. Son tribus, como se ve, surgidas de diversas crisis. Buscarán en el Estado el protector contra los males y el desamparo. Se apoyarán en el pueblo para defenderse a sí mismas, para "subir", "trepar", como Martín Rivas, prototipo de provinciano visto con la lupa oligarquizante, afrancesada y despreciativa de Blest Gana.

Aquí esta la explicación, posiblemente, de por qué estas clases medias, también, fueron principalmente laicas. Son producto de la dominación católica hacendal. La clase media que viene del campo es la que inaugura en nuestro país el verdadero laicismo. Es un laicismo militante. Atrás dejaron el latifundio católico al que, a fin de cuentas, perciben como el culpable de su situación de "venidos a menos". Se juntan en las ciudades en "logias", como lo han hecho todos los migrantes. No llegaron a constituir "mafias", gracias a Dios, pero algunos partidos políticos mesocráticos podrían soportar una lectura semejante.

Es evidente que, en tercer lugar, además de estadistas y laicas, son proeducacionistas. Allí reside su pasaporte para la entrada a la ciudad. Sin educación no son nada. Muy tempranamente unen su raigambre antigua, su prosapia venida a menos, con la cultura. Se adueñan de la cultura ante la mirada boba de la oligarquía que creía que sabía todos los nombres de los pintores de París. Ya en las primeras décadas del siglo son la clase culta. La generación del 27, los estudiantes fundadores de la FECH, casi todos ellos son migrantes o de provincia o del exterior. De María, Neruda, Gómez Rojas y tantos otros, inauguran el modelo intelectual del país, la propiedad mesocrática de la cultura y la educación como única vía cierta de ascenso social.

## LA COMUNIDAD RECUPERADA

La clase media recuperó la comunidad perdida a través de la política. Formó centros de reuniones donde se rememoraban los grandes asados de la ruralidad. Estos se llamaron, entre otros, clubes radicales. Allí se fue recuperando la comunidad rural a través de un circuito de amistades reproducidas en el ámbito urbano. Las costumbres no cambiaron, más bien se acrecentaron. El plebeyismo del comer y beber, de agruparse tras nuevos caciquismos; las clientelas políticas reconstruidas en la ciudad, rememoran el tipo de convivencia dejada atrás o quizá, incluso, reinventan un tipo de sociabilidad rural que tampoco nunca existió o a la que los migrantes quizá nunca tuvieron acceso.

La clase media reprodujo en la ciudad la casa grande, las empleadas y nanas, el jardinero, la visita a las tías y abuelas –si es que vivían aparte–, el respeto por el dueño de casa, patrón, hombre, que sale a trabajar y vuelve esperando que todas las cosas estén en orden.

El carácter nacional afable, la costumbre acogedora del chileno que siempre se dice que impresionan al extranjero, la llamada convivencia nacional y una serie de otros valores abstractos, tienen que ver con esta migración de lo rural a lo urbano. Es su elemento positivo.

La modernización industrialista desde los treinta a los setenta, combinó estos dos aspectos. Por una parte, el intento de transformación en las fuerzas de la producción; y, por otra, la manutención de la comunidad, de sus valores tradicionales al nivel de la convivencia, del saber vivir, de los asuntos básicos de la vida.

Pablo de Rokha, entre otros, pero de manera muy excelente, trató de construir esta síntesis entre lo rural y lo urbano, lo tradicional de su Licanén de infancia y la apertura hacia el mundo externo, el necesario universalismo de la modernidad.

Afirmo y reitero que las cosas estimulan, condicionan, determinan el ser interno, las ideas, los sentimientos, me estoy diciendo al recordar la casa antigua y solar de mis abuelos en el Licanén de 1901. Porque, ¿acaso ese afán poderoso de orden y arquitectura, de orden como cuadrado,



soberbio, tranquilo, pastoral o aldeano, licanterino, provinciano, que me trabaja la materia del espíritu, no emprende la total carrera desde el vértice de la gran propiedad de Clase Media de los antepasados de aquel villorrio, por el cual se paseó la locura melancólica y pasional de don Juan de Dios Alvarado. . . ? El corredor miraba a la ribera, rosado y enladrillado, todo río. Los diez pilares eran diez jardines y diez racimos . . . adentro estaba encuadrada de corredores interiores, caían los tejados sobre los naranjos del patio, en el cual lloraban las violetas y desde el cual se veían las tumbas de las generaciones en el faldeo y el peral florido de Ordóñez, el panteonero.

. . . pues bien, todo lo anterior, íntegro y dramático, y todo lo mío como un proceso rojo que se desarrolla en la historia, empujado por el ímpetu cíclico, recaía en la figura crucificada de don Juan de Dios Alvarado. . . era la configuración patética de la locura, crisis licanterina, el agua fuerte de los venidos amenos y los oportunistas de la clase media.

Es la historia de toda una gran familia, de todos los licanterinos, de todos los venidos a menos, de los que tratan de recuperar la nostalgia en la ciudad, reconstruir lo irreconstruible, la comunidad perdida.

## EL PRESENTE INCIERTO

¿Cuál es el orden y la arquitectura, podríamos preguntarnos con De Rokha? ¿Donde está ese orden cuadrado, soberbio, tranquilo, pastoral y aldeano? ¿Qué otra cosa es la cultura, sino el saber de manera inmanente lo que es bello y lo que no lo es? ¿Qué cosa es la identidad, sino esa capacidad de conocer de una mirada lo que es de uno, nuestro, y lo que no lo es, que es ajeno, extraño, extranjero, de fuera de la comunidad y de la tribu?

Podríamos agregar, ¿acaso no nos reconocemos en esos paisajes, en esos pasillos, en esos espacios, en esos olores, en ese sueño perdido de ver desde la ventana las tumbas de nuestros padres y abuelos?

La ruptura comenzó hace años. La generación del treinta trató de construir esa síntesis en la

poesía, en la pintura, en la política, en todas las manifestaciones del arte, de la cultura y de la vida. Sería largo ir las detallando una a una; el lector cuidadoso le encontrará nombre a cada una de las cosas. La Mistral trató de unir Vicuña y Paihuano con el mundo, Neruda sus paisajes con la esperanza revolucionaria y universalista de la humanidad, Venturelli pintó a los pobres de esta tierra como si fueran caminantes de la Gran Marcha, Donoso ha hecho de un pueblito de camioneros y prostíbulos cerca de Talca un "lugar sin límites". En política hubo muchos que trataron de unir las ideas del mundo con las empanadas y el vino tinto.

La gran cultura democrática de este siglo es de clase media, es mesocrática. Es un intento, parcialmente exitoso y también frustrado, de dar contenido a la nostalgia rural. De universalizar la comunidad perdida.

De una u otra forma, el autoritarismo de los últimos veinte años fue una extensión, impropia quizá, de esta fusión, en la que se ha debatido nuestra identidad nacional. Fue la variante autoritaria de la fusión rural urbana. Porque la base rural de nuestra cultura es también autoritaria. Se levantó sobre la base de la dominación más brutal, primero sobre el indio, después sobre el campesino, sobre la mujer, sobre la naturaleza también, sobre la peonada, sobre los obreros, los rotos. Es una identidad en que la fuerza no está ausente. Ese oscuro lado de la cultura se reproduce en las ciudades, en el sistema político, en el poder urbano. No fue reemplazada por una democracia ciudadana de personas educadas, de gente delicada, de una intelectualidad afinada. Los límites estaban en la sobrevivencia de la comunidad y sus tribus. El peligro de desatar la guerra de todos contra todos. El caos hobbesiano. Eso fue lo que ocurrió. Las tribus no se soportaron más y la comunidad, con sus códigos de conducta básicos, se fracturó.

¿Cuál es la base de reconstrucción de esta comunidad? La hegemonía actual de los principios democráticos impide la reiteración del ethos comunitario en el contexto de la autoridad, del caciquismo, de la política entendida como juego de poderes ocultos, logias de migrantes venidos recientemente del extranjero o del campo. La gente joven ha nacido en la ciudad de sus padres y no

tiene recuerdos ni resonancias rurales.

La cultura de la comunidad recuperada tampoco es hoy ni paradigma ni modelo. De Rokha invitando a sus amigos en la azotea de su edificio santiaguino a comer "prietas" de Chillán, no es una imagen siquiera decente para las generaciones que buscan una cultura ciudadana. La comunidad no se va a reencontrar en las imágenes rurales trasplantadas.

Ha habido un intento serio en estos años de reparación de las fracturas por la vía de la reconciliación. *Ha sido el intento de rearticular la comunidad* en los principios que supuestamente le otorgaron sentido y razón. Pero esta solidaridad básica no es suficiente por sí sola, no es capaz de dar sentido a las acciones.

Frente a la reconstrucción de la cultura de la comunidad que busca una parte de la población, se impone la razón instrumental, la lógica pragmática, el valor del mercado, la competencia, la racionalidad de las cosas, principalmente de las cosas llamadas modernas.

La ausencia de identidad, la ausencia de comunidad, la ausencia de pertenencia, puede ser el peor mal de esta tierra. La modernidad, una vez más, puede llegar a ser un fantasma inasible, un futuro de frustración. Los aprendices de brujos de hoy pueden ver destruidas sus propias fantasías.

La reconstrucción de la comunidad pareciera ser la tarea de los intelectuales en los próximos años.

## LA CULTURA AUSENTE

No logro observar demasiados resultados o respuestas por el lado de la publicidad, de las comunicaciones, de la multitud posmodernista, llena de claves herméticas, de búsquedas marcadas por el elitismo, de decepción teórica y aceptación entusiasta de las reglas que le impone el mercado. Pareciera que allí se da el uno a uno de la modernización económica y la construcción cultural; es su equivalente. El ejemplo de los De Rokha, y de muchos otros, es diferente; allí predominaba la crítica. No eran el uno a uno de la Corfo, de la industrialización sustitutiva, de la maquinaria y la

tecnología, que conducirían al Chile de los años treinta al paraíso. Los que lo fueron, pasaron a la historia o se perdieron en ella, como corifeos del momento, productos deslavados del entusiasmo pasajero. No pareciera ser que quienes hacen de las exportaciones el modelo cultural puedan tener mucho éxito en esta empresa intelectual decisiva.

Es evidente, además, que el regreso a los valores tradicionales de la comunidad no sólo es imposible, sino absurdo. La violencia criticada, tanto a nivel público como privado, lo hace imposible de replicar. La intolerancia ideológica, religiosa o simplemente cultural, no se puede reeditar como base cultural. Los que desde un integrista tratan de hacerlo, no sacuden siquiera la epidermis de la juventud pensante. Más aún, la política como expresión comunitaria ha dejado de tener todo sentido. No es pensable en el Chile de hoy hacer de la política el centro de la vida social, de las comidas, de los clubes, de las logias, de la vida de las tribus. La política se ha modernizado sola, no ha necesitado siquiera que existan entes modernizadores. Frente al caciquismo, al clientelismo, a la maniobra astuta, como forma de vida, las masas votantes quizá aún reaccionan, pero no así la gente joven, los pensantes, que son cada vez más. Nadie se compromete con algún grado de convicción frente a una propuesta carente de todo sentido.

Quizá el desafío consista en retomar críticamente la tarea de los De Rokha. El gran proyecto que hace De Rokha, es tratar de urbanizar la cultura popular, la civilización de la chingana, la cultura rural; lanzarla a la universalidad, no negarla. Es también, a su manera, el proyecto nerudiano. Asumir el sensualismo de las culturas rurales, de las culturas populares, todo ese calor de la comunidad, la historia común, la solidaridad de la familia que en Valparaíso acoge al "Perseguido" del *Canto General*.

Se trataría de modernizar el afecto de la comunidad, sin perderlo. Qué otra cosa es la casa de Pablo Neruda en Isla Negra, sino un intento de Casa Hacienda, Casa de Campo mirando hacia afuera, hacia el mar, hacia la universalidad. Es la colección de los amigos, de las tribus de acá y de allá.

No es por casualidad que la más importante



figura que se les ha ocurrido a los novelistas chilenos, ha sido comparar al país con una casa de campo, con una casa grande, con la casa de los espíritus, la novela chilena más conocida en el mundo, la que hoy día identifica más al país, nos agrade o no. El mundo rural pena de una manera fantasmal.

A pesar de que a partir de los años treinta la urbanización es un hecho real, uno se pregunta, ¿dónde está esa cultura que da cuenta de esta urbanización? ¿que cultura es? La clase alta no tiene cultura. Hizo casas afrancesadas cuando se iba a Francia, hizo estilo Virginia al acercarse a Pedro de Valdivia y Providencia, y hoy al parecer reproduce lo que aparece en las revistas de paisajismo y ornamentación, en medio de prados ya diseñados hace años en las colinas de Los Angeles. Sólo copia. La copia, después de pasado el tiempo, se incorpora, por acostumbramiento, a la cultura. Se hace propia; pero se inició siendo copia. ¿Dónde está esa cultura? No ha estado en Huidobro. Ese fue el intento paralelo al nerudiano y rokhiano, la universalización de la cultura de la clase alta. ¿Qué fue? El formalismo. Al despojarse de la ruralidad, de la violencia de la clase alta agrícola, de su antepasado encomendero, Huidobro se queda en París, se pega a una cultura ciudadana por excelencia, la asume, la trata de importar sin éxito. ¿No le ocurre lo mismo a Matta? Ambos son los hijos pródigos de la comunidad, renuncian a la tribu. Es una opción.

En la imagen de la casa está quizá la clave. En el orden, en la arquitectura, en las líneas que deben señalar los pasillos del diario vivir. Ese es el desafío de este nuevo ciclo de la identidad perdida que se viene sobre el país y que ha profetizado Eduardo Devés. Es el desafío de la cultura, la reconstrucción de la comunidad. Recuperar el calor de la casa, de la seguridad de las líneas adustas y solemnes por todos conocidas y que nos parecen bellas. Abrirse a las más diversas aventuras del conocimiento en la negación de la copia. Hacer las cosas buscando el sentido oculto, usando la crítica, rompiendo el esquema simplista de la autoidentidad por la vía de la ansiedad.

La casa que dibuja Gonzalo Contreras es terrible, es la oposición a la amabilidad de la añorada casa de campo; expresa la ruptura de la comunidad, la ausencia de ese pueblo, anterior a los acontecimientos; el terror de la gente, los hijos infradotados, la derrota. Allí sólo hay una comunidad quebrada. Puede ser una imagen dura pero cierta de nuestra cultura.

El tema de los próximos años va a ser nuestra identidad. Será el desafío de un pequeño país que pretende abrirse al mundo, vender buena parte de lo que produce y es, comprar los artículos y bienes recién inventados, conectarse a los circuitos mundiales. Si en este intento no nos afirmamos en nuestra comunidad, no la reinventamos, no la modernizamos, difícilmente tendremos éxito en esta aventura extranjera. Nos perderemos en ella.